

## El Instituto Ravignani durante la gestión de José Carlos Chiaramonte (1986-2012)

Roberto Di Stefano<sup>1</sup>

Puede resultar un tanto sorprendente mi participación en este panel: a diferencia de los otros colegas que lo integran, no soy especialista en historia de la historiografía, ni he investigado sobre la historia del Instituto, ni he sido su vicedirector, como Alejandro Cattaruzza. Por otro lado, no es fácil reconstruir esa época del Instituto, porque no hay nada escrito todavía. Contamos sólo con un artículo de Cattaruzza sobre la tercera época del *Boletín* y con algunos trabajos referidos a la historiografía argentina del período.<sup>2</sup> No voy a hablar

<sup>1</sup> CONICET-Universidad Nacional de La Pampa. Agradezco a José Carlos Chiaramonte, a Abel Roth, a Noemí Goldman y a Fabiana Arbia la información que me ofrecieron para preparar esta intervención.

<sup>2</sup> Cattaruzza, A. (julio-diciembre de 2021). “Tres décadas de una revista de Historia: la Tercera Serie del Boletín del Instituto Ravignani, 1989-2020”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 55, pp. 134-153. Sobre la historiografía: L. A. Romero, “La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional”, *Entrepasados. Revista de Historia*, año V, n. 10 (1996), pp. 89-106; Rodríguez, M. (2003). “Una década de historiografía argentina (1990-200). Orientaciones, temas y problemas”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti*, n. 2-3, pp. 285-305; Zeitler, E. (2009). “El campo historiográfico argentino en la democracia. Transición, profesionalización y renovación”, *Estudios Históricos*, n. 3, pp. 1-19; Spinelli, M. E. (2012). “Las tendencias más recientes en la historiografía política argentina de la segunda mitad del siglo XX. Una aproximación”, *Folia Histórica del Nordeste*, n. 20, pp. 9-22; Bohoslavsky, E. (2016). “Cambios en la historiografía académica en Argentina (2001-2015)”, *História da historiografia*, n. 20, pp. 102-120;

de historiografía, no sólo porque, como ya dije, no soy competente en la materia, sino además porque todavía nos falta perspectiva: Nora Pagano y Fernando Devoto caracterizaron los años posteriores a 1983 como “tan prolíficos como heterogéneos” y consideraron que abordarlos era una tarea “superior a sus fuerzas y a su necesaria distancia crítica”.<sup>3</sup> Si eso dicen dos grandes especialistas en historiografía, ¿qué queda para mí? Lo que voy a tratar de hacer, entonces, es ofrecer un esbozo a partir de la información que pude conseguir en el contexto de las restricciones que impone la pandemia.



El Profesor Chiaramonte presenta al Dr. Horst Pietschmann en una conferencia dictada en la Sala de Investigadores el 9 de junio de 2010.

Al disponerme a preparar esta intervención me di cuenta de que había dos maneras de plantearla: una era hablar de la gestión de

<sup>3</sup> Pagano, N. y Devoto, F. (2009). *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, p. 10.

José Carlos Chiaramonte y otra era hablar del Instituto durante su gestión. Creo que lo que salió es una combinación de ambas y me cuesta pensar que pueda ser de otra manera. Por un lado, el protagonismo de Chiaramonte fue crucial y la suya fue la gestión más larga de toda la historia del Instituto; por otro, el Ravignani de entonces lo hicimos todos los que lo integramos en calidad de investigadores, becarios, personal de apoyo, de secretaría, de biblioteca o de digitalización.

Entre 1986 y 2012 el Instituto experimentó un proceso de reorganización, de crecimiento y de modernización que en pocos años le aseguró una importante presencia en el ámbito historiográfico, tanto a nivel nacional como internacional. El término generales, se trató de acompañar la expansión que experimentó la disciplina a partir de la caída de la dictadura, una expansión que fue cuantitativa (crecimiento, aunque lento, de la matrícula de la carrera de Historia de la UBA y de las plazas docentes y de investigadores; incremento del número de universidades, carreras de Historia, publicaciones, sitios web, posgrados, tesis, becarios, subsidios, etc.) y cualitativa (introducción de nuevas perspectivas teóricas y metodológicas, nuevas preocupaciones, nuevos campos de estudios). Si tomamos como indicador las *Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, uno de los eventos que nació en esta etapa y que se celebró con mayor regularidad, vemos que mientras en 1997 ofrecía 37 mesas temáticas, en 2013 las mesas fueron 128, y que si en 1997 se presentaron 76 ponencias, en 2013 rondaron las 2.000.<sup>4</sup> La matrícula de la carrera de Historia de la UBA también aumentó: los 1.602 alumnos de 1989 llegaron, en 2015, a 2.959.<sup>5</sup> La expansión implicó una masificación de la producción historiográfica y se caracterizó por la fragmentación

<sup>4</sup> Bohoslavsky, E. "Cambios en la historiografía académica...", p. 105.

<sup>5</sup> Trae estos datos Cattaruzza, A. "Tres décadas...", p. 140.

de los intereses de los historiadores y por la diversificación de sus métodos y marcos teóricos, que a su vez impusieron la necesidad de crear ámbitos de discusión y de trabajo para un abanico muy variado de propuestas. Se trató, además, de un fenómeno que se dio sobre todo en el ámbito de la Historia argentina.

Ello supuso el desafío de obtener los recursos necesarios para acompañar el proceso. En buena medida, la historia del Ravignani en este período giró en torno a la necesidad de atender la creciente demanda de lugares de trabajo y de servicios para la investigación, sacando de la galera recursos que, a pesar de los esfuerzos, fueron siempre insuficientes. Las estrecheces presupuestarias fueron una constante y se vieron agravadas coyunturalmente por las crisis económicas del final del gobierno de Raúl Alfonsín y del 2001. Hasta su transformación en unidad ejecutora del CONICET con doble dependencia en 2012, el Instituto careció de presupuesto propio y se financió de manera irregular, mediante ocasionales subsidios (como los que otorgaba la Fundación Antorchas hasta su desaparición en 2006) y merced al “diezmo” que tributaban los proyectos de investigación. En 2008 Chiaramonte lamentaba, en una nota dirigida a los miembros del Instituto, las “deplorables condiciones de trabajo, una situación que arrastramos desde hace años y que configura una tristísima imagen del aprecio que debería tener la investigación en esta universidad”. Concretamente, se refería a:

- las humillantes condiciones de trabajo en materia de limpieza –con serias consecuencias como causante de alergias y riesgo de otras patologías y de deterioro del acervo bibliotecológico del Instituto y de los materiales del Archivo–
- la degradación del mobiliario y mampostería en lugares de trabajo y de reuniones

- el estado ruinoso de pisos y aberturas
  
- la suciedad de las paredes y falta de pintura [...]
  
- el pésimo funcionamiento de los servicios informáticos en el edificio, inconcebible en los actuales requerimientos del trabajo de investigación.

A todo ello se sumaban los “robos de material bibliográfico y de aparatos de computación, debido a la falta de adecuado control de los accesos al edificio”, el último de los cuales acababa de producirse y motivaba la nota.<sup>6</sup>

En el exterior no saben cómo hacemos los argentinos para producir trabajos de Historia de calidad con los escasos recursos con que contamos. Me lo han preguntado varias veces en México, donde algunos institutos gozan de presupuestos millonarios: en los años '80 el Instituto de Investigaciones “Dr. José María Luis Mora” gozaba de un presupuesto de biblioteca –sólo de biblioteca– superior a los 100.000 dólares anuales; los directores del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM disponen hasta de un auto con chofer.

A continuación, voy a presentar algunos datos que ilustran la transformación cuantitativa y cualitativa del Instituto durante la gestión de Chiaramonte. Son muchos los aspectos que se podrían abordar, pero voy a limitarme a mencionar los más significativos: el desarrollo del plantel de investigadores y becarios, la dotación de personal auxiliar y administrativo, la biblioteca y archivo, los

---

<sup>6</sup> Comunicación de J. C. Chiaramonte a los miembros de Instituto de 9 de mayo de 2008. Le agradezco a Abel Roth el haberme proporcionado el e-mail.

programas, redes y grupos de investigación, las publicaciones y el programa de digitalización de documentos históricos.

Cuantitativamente el crecimiento de la planta de investigadores y becarios fue enorme: mientras en 1986 el Instituto contaba con apenas cuatro investigadores –Chiaramonte, Noemí Goldman, Oscar Terán y Jorge Gelman–, en 2012 el plantel superaba los 80. Vale la pena notar, sin embargo, que si bien el número de investigadores tendió a aumentar a lo largo de todo el período, hubo momentos de aceleración de las incorporaciones y otros de desaceleración e incluso de éxodo. En 1986 habían vuelto al país historiadores formados en el exterior que encararon con mucho entusiasmo la renovación de la enseñanza y de la investigación, pero durante la crisis de 1989-1991 algunos de ellos volvieron a emigrar, junto a algunos jóvenes que habían cursado la carrera en la década del 80 y partieron para hacer sus estudios de posgrado. Cualitativamente el plantel de investigadores contó desde el comienzo con figuras de primera línea: en el bienio 2008-2009 los miembros del Instituto publicaron alrededor de 40 libros, muchos de ellos en editoriales universitarias internacionales de alto prestigio, y unos 200 capítulos de libros y artículos en revistas especializadas, tras haber superado sistemas de referato altamente exigentes. De esas revistas, al menos la mitad eran publicaciones internacionales de primer nivel. Muchos de los integrantes del Ravignani, además, integraban los comités editores de las revistas más prestigiosas en el campo de la historia latinoamericana a nivel internacional, así como asociaciones nacionales e internacionales de Historia y Ciencias Sociales. El Instituto no reclutó a esos investigadores, pero les ofreció un lugar de trabajo y los recursos disponibles. El desarrollo del Ravignani se debió en buena medida al trabajo cotidiano de ese plantel, que como vimos se fue ampliando cuantitativamente y enriqueciendo cualitativamente. Por otro lado, el Instituto se convirtió en un espacio importante para la formación

de recursos humanos: mientras en 1986 había sólo cuatro becarios, en 2012 el Instituto era lugar de trabajo de 35 becarios doctorales y posdoctorales financiados por CONICET, UBA y la Agencia.

Ese incremento en el número de investigadores y becarios debió ser acompañado con una dotación suficiente y estable de personal de secretaría y de apoyo a la investigación. En 1986 no había secretaría académica y los empleados del Instituto eran dos: Abel Roth, que había ingresado en los últimos tiempos de la gestión de Eduardo Saguier, y Aída Selaroff, que administraba la biblioteca. Chiaramonte gestionó recursos para la contratación de empleados de secretaría, y en 1989 el Directorio del CONICET le asignó al Instituto dos cargos de personal de apoyo a la investigación. En 2009 trabajaban en el Ravignani cinco auxiliares de investigación y ocho técnicos.

Importantes fueron también los progresos en la organización de la biblioteca y del archivo. Todos conocemos bien las penurias que sufrimos los historiadores argentinos para conseguir y consultar el material que necesitamos para nuestro trabajo a causa de las falencias de nuestros archivos y bibliotecas. En 1986, además del incremento del número de investigadores, la matrícula de la Carrera de Historia de la UBA estaba en aumento, tal vez por la necesidad de muchos jóvenes de encontrar en el estudio de la Historia respuestas a las profundas transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales que había vivido y vivía la Argentina desde mediados de los años 1970. Hice anteriormente mención de la creación de otras universidades y cátedras de Historia. Todo ello implicó un aumento sostenido del número de usuarios de la biblioteca. Por entonces la colección –que incluye joyas bibliográficas de los siglos XVII, XVIII y XIX– era mucho más pequeña que la actual, estaba completamente desactualizada –a pesar de la donación de volúmenes y fotocopias que había realizado Eduardo Saguier durante su desempeño como director– y se encontraba en

estado crítico: muchos volúmenes estaban rotos, apollillados, roídos por los ratones o llenos de parásitos, y había montañas de libros en el piso cubiertos con nylon para evitar las goteras que caían en ocasión de cada lluvia fuerte. Ni siquiera se sabía con precisión cuántas personas conformaban el personal de biblioteca. Durante la gestión de Chiaramonte, en parte gracias a subsidios de la Fundación Antorchas para la actualización bibliográfica y el saneamiento del papel de los libros antiguos, pero también a las donaciones de los investigadores del Instituto y de otras instituciones (empezó a juzgarse importante que un libro figurase en su catálogo), el patrimonio se incrementó, las condiciones de conservación y consulta mejoraron significativamente y se avanzó en la catalogación, con lo cual la biblioteca se transformó, probablemente, en el repositorio más importante del país en materia de historia argentina y americana. Esos avances se lograron en buena medida gracias a su personal, que desde 1986 se enriqueció con la incorporación de bibliotecarios de óptima formación. Su trabajo paciente e incesante en tareas de catalogación, ordenamiento y en algunos casos (como cuando se inundó dos veces la biblioteca en junio de 1992) de rescate de libros permitió unificar el catálogo, ponerlo en disponibilidad a través de terminales informáticas y en línea en la red de la Facultad. Hoy la biblioteca posee un patrimonio que supera los 50.000 volúmenes y una vasta colección de publicaciones periódicas. Ha ido acercándose más, tecnología informática mediante, al modelo del centro de información. Hoy cuenta, por ejemplo, con acceso a algunas de las redes hemerográficas en línea provistas por la UBA. También se avanzó en este período en la reorganización del archivo, y se creó un laboratorio de digitalización de documentos, el “Programa de recuperación y preservación del patrimonio histórico nacional”, del que diré algo más en breve.

La expansión y la diversificación de la producción historiográfica se reflejó en la multiplicación de los proyectos, programas, redes y

grupos de investigación con sede en el Instituto: en 2010 se desarrollaban en el Ravignani 16 proyectos UBACyT, seis PICT de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Técnica y cuatro PIP del CONICET. A ellos hay que agregar los subsidios de universidades y organismos científicos del exterior de que gozaban algunos de sus investigadores y becarios. Por lo que hace a los programas de investigación, el Ravignani albergaba en 2012 cinco que respondían a diferentes perspectivas temáticas y orientaciones metodológicas:

- » Programa de Historia de América Latina (PROHAL)
- » Programa de Estudios en Historia Económica y Social Argentina (PEHESA)
- » Programa de Investigaciones en Historiografía Argentina (PIHA)
- » Programa de Historia Argentina del Siglo XIX
- » Programa de Estudios Rurales (PROER)

A ellos hay que sumar diez redes y grupos de investigación y seminarios de discusión, orientados a estimular el diálogo y la colaboración entre los propios investigadores y con colegas de otras instituciones. Allí tenemos:

- » La Red de Estudios de Cultura y Política en el siglo XIX.
- » El Seminario “Oscar Terán” de historia intelectual (originalmente Programa de Historia del Pensamiento y de la Cultura Argentina).
- » El Grupo de Estudios sobre Religiosidad y Evangelización (GERE).
- » El Grupo de Trabajo de Religión y Sociedad en la Argentina Contemporánea (RELIG-AR).
- » El Grupo de Estudios e Investigaciones de Procesos Políticos (GEIPP).

- » El Grupo de Estudios de Historia de la Iglesia (RELIGIO).
- » El Grupo de Historia Argentina del Siglo XX.
- » El Grupo de Trabajo “Sociedad, cultura y política de masas en la Argentina, 1900-1945”.
- » El Seminario Permanente de Historia de América Latina Contemporánea (SEPHILA).
- » La Red de Estudios Rurales (RER)

También se obtuvieron logros significativos en materia de publicaciones. A partir del inicio de su tercera época en 1989, el *Boletín* se transformó en una publicación de referencia, reconocida por la alta calidad del material que difunde y por el riguroso sistema de evaluación a que somete los artículos que edita. La revista se publicó anualmente durante los dos primeros años y semestralmente desde 1991, si bien no siempre pudo sostener la deseada regularidad por falta de recursos. Al día de hoy, lleva publicados 55 números regulares y tres especiales. Desde 2004 figura en el índice de Scielo y desde 2006 en el de Latindex y en el Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas. Desde 2012 se lo edita de manera digital –lo alberga el Portal de Publicaciones Científicas y Técnicas–, lo que ha permitido reducir los costos de edición y facilitar su consulta en el país y en el exterior. Por su alto nivel de calidad ha sido incluido en catálogos de referencia académica de primera línea a nivel internacional, como *Hispanic American Periodical Index* y *Historical Abstracts*.<sup>7</sup>

Otra publicación importante fue la colección *Cuadernos del Instituto Ravignani*, cuyo número uno, puedo decirlo con orgullo, fue una síntesis de mi tesis de licenciatura. Entre 1995 y 1998 difundió los trabajos de tesis jóvenes de licenciatura y maestría y también algunos

---

<sup>7</sup> Sobre la tercera serie del *Boletín* derivó al lector al artículo ya citado de A. Cattaruzza, “Tres décadas...”.

de investigadores más consolidados. Tenía un formato interesante, porque permitía la publicación de textos que excedían el artículo, pero no alcanzaban las dimensiones de un libro. Cabe mencionar también *Las Tesis del Ravignani*, colección que permitió la difusión de algunas de las defendidas por integrantes del Instituto, así como las ediciones de algunos de sus programas y grupos, como por ejemplo las del Prohal-Gere: *Vitral y Surandino Monográfico*.

Otro aporte importante del Instituto a la labor historiográfica fue la red Clío, que difunde diariamente novedades editoriales, actividades académicas, ofertas de cursos, becas y otras informaciones académicas relevantes. Hoy llega a más de 2.600 suscriptores, entre ellos numerosos investigadores del exterior interesados en la producción historiográfica argentina y en difundir sus trabajos entre nosotros. Es, creo, la principal red de comunicación académica en Historia que ha existido en la historia del país.

Por último, quiero decir dos palabras sobre el Programa de Recuperación del Patrimonio Histórico. Esta experiencia se puso en marcha a mediados de los años '90 gracias a la donación de equipamiento para la digitalización de documentación histórica, lo que ha permitido preservarla y facilitar su acceso a través de terminales informáticas. El área fue también un semillero de recursos humanos que han asesorado en la materia a otros archivos y bibliotecas. Entre los resultados se cuenta la digitalización de algunas colecciones de documentos originales y de libros históricos raros. Una parte del material digitalizado está disponible en la página web del Instituto.

En síntesis, a partir de 1986 el Instituto mutó profundamente gracias a los esfuerzos encomiables de José Carlos Chiaramonte y también a los esfuerzos de todos los que pusimos el hombro: investigadores, becarios, personal de apoyo y administrativo. En parte su crecimiento fue un

reflejo de la expansión de la disciplina, del sistema de subsidios, de la planta de investigadores y becarios, pero esa expansión representó a la vez un desafío: el de estar a la altura para proporcionar servicios necesarios con la más alta calidad posible. El Ravignani tuvo que responder a las demandas que generó ese proceso expansivo y lo hizo con innegable éxito, sobre todo teniendo en cuenta los escasos recursos disponibles.



Depósito de la Biblioteca del Instituto Ravignani. Posee más de sesenta mil títulos, entre libros, materiales audiovisuales, cartográficos, publicaciones periódicas y folletos.

Ese proceso de crecimiento y modernización se vio coronado por la transformación del Instituto en Unidad Ejecutora del CONICET con doble dependencia en 2012, que comenzó con la presentación de la propuesta al Comité Académico en 2008, siguió con la elevación de la solicitud a la UBA y el CONICET en mayo de 2010 y culminó con su aprobación en noviembre de 2012. Ese cambio de estatus permitió fortalecerlo institucionalmente, implementar un sistema de concursos para designar al director y contar, por fin, con un presupuesto propio.